

gradaciones, en vez de establecer una comparación directa é inmediata entre los dos extremos. La materia colorante existe en todas las especies; las circunstancias son las que la desarrollan.

Otros estudios semejantes practicó Fleurens sobre el esqueleto y el cráneo, que nosotros no nos proponemos seguir.

Por otra parte, impreso ya un carácter, viene á quedar como indeleble, según podemos observarlo en las variedades europeas, y particularmente en Italia, donde aún se nota la diferencia entre el tipo de los antiguos galos y el romano.

¿Y esto por qué? ¿Por qué no pierde ahora el negro su sombrío color ni aún bajo el Polo? ¿Por qué el americano conserva su matiz cobrizo lo mismo en los helados lagos del Canadá que en las abrasadas pampas? Misterios son estos que demuestran que los hechos referidos bastan hasta el presente para disipar las objeciones, pero no para fundar ninguna teoría absoluta.

Por lo demás, queda fuera de duda que estas diversidades se reducen al color del cutis y á la forma de los cabellos, sin estenderse á los órganos más nobles de la vida. La misma ciencia de Gall, que algunos han querido también convertir en apoyo del materialismo, prueba la unidad de nuestra especie. Hace aún poco tiempo que Tiedemann, con exquisitas indagaciones sobre el cerebro, descubrió que el del negro no se diferencia del nuestro sino un poco en la forma exterior y nada absolutamente en la estructura interna; y que exceptuando algo más de simetría en la disposición de sus circunvoluciones, varía del orangutan tanto como el cerebro de los europeos. De lo cual aquel sabio deduce que el negro no es inferior á nosotros por ninguna configuración orgánica congénita que le haga de menor talento, sino sólo por la educación.

También Humboldt, aquel sabio naturalista que con sus propios ojos examinó toda la tierra, insiste sobre las analogías de los americanos con los mogoles y con otros pueblos del Asia central, y dice que cuanto más se estudian las razas, dialectos, tradiciones y costumbres, tanto más motivo hay para creer que los habitantes del Nuevo Mundo proceden del

Asia Oriental y que Quetzalcoatl, Boquica y Manco-Capac, personajes ó colonias que civilizaron aquel mundo, procedieron del Oriente de Asia y tuvieron comunicación con los tibetinos, con los tártaros Samaneos, y con los ainos barbudos de las islas de Yesso y de Sacalin. El mismo insigne viajero asegura que, cuando se haya hecho un estudio más profundo acerca de los moros de Africa y de aquellos enjambres de pueblos que habitan en la parte interior y al Nordeste de Asia, nombrados vagamente tártaros ó chinos, aparecerán las razas caucásica, mogola, americana, malaya y negra ménos aisladas, y se echará de ver en esta gran familia del género humano un solo tipo orgánico modificado por circunstancias que acaso nunca nos será dado determinar.

Otra série de pruebas de la unidad del género humano se deduce del lenguaje. Quien preguntara cómo las imágenes pintadas en la retina pueden representarse por medio de sonidos que á su vez puedan expresar ideas y comunicarlas á los demás, propondría un problema de insuperable dificultad, como es el de sustituir al color el sonido, al sonido el pensamiento, al pensamiento una voz pintoresca. Pues bien, á todas estas condiciones satisface la palabra, de la cual proceden todo el perfeccionamiento del hombre y todos los tesoros de la tradición: la palabra, que une lo pasado á lo presente, y lo inmediato á lo que está remoto; simbolizada en la lira que funda las ciudades y en los semidioses que dictan las leyes; intérprete de las generaciones extinguidas; base de la dignidad del hombre y de sus altos destinos, supuesto que necesariamente se comprenden en ella la conciencia y el entendimiento, sirviendo no solo para anunciar el pensamiento, sino también para el amor, la reconciliación, el mando, la justicia y la creación.

¿Quién inventó este artificio, el más maravilloso de todas las cosas creadas? Si lo preguntó á las sagradas letras, me responderán que en el principio existía la palabra, y la palabra era Dios: Dios habló al hombre y el hombre por mandado suyo impuso nombre á todas las cosas. ¿Y se dirá después que Dios no creó perfecto al hombre? ¿Cómo podría haberse llamado tal si le hubiese faltado la palabra, instrumento por el cual alcanza su racionalidad? De aquí infie-

ro que el uso de la palabra fué primeramente enseñado al hombre por el mismo Dios, que con él le dió al mismo tiempo los más esenciales conocimientos morales, científicos y religiosos.

Hay entendimientos que no dándose por satisfechos con la fé, piden el apoyo de razones; pero las razones abundan aquí como en todos los casos en que se trata de verdades reveladas. Suponen algunos que los hombres, después de haberse desarrollado de los gérmenes materiales que les dieron origen, vivieron arrojados como por la casualidad sobre una tierra confusa y selvática, huérfanos abandonados por la mano desconocida que les había dado el ser; y que obedeciendo puramente á la ley de la necesidad, inventaron primero ciertos gritos convencionales, que fueron las interjecciones, de las cuales se fueron elevando poco á poco á las demás partes del discurso.

Mas para convenir en el sentido de las voces arbitrarias ¿no es por ventura necesario hablar ya? De otro modo ¿cómo podrá el sonido formado por un hombre despertar una idea determinada en el espíritu de otro? Centenares de siglos hace que ahullan los animales, y sin embargo en nada se parecen á un lenguaje sus inarticulados gritos. Si el hombre nunca hubiese oído hablar, se habría quedado sin el uso de la palabra, como todos los días lo están demostrando los sordo-mudos, los cuales si andando el tiempo aprenden un lenguaje de signos y adquieren tantas ideas, es porque viven en medio de una sociedad educada por el idioma.

Las distinciones lógicas, las delicadezas de la conversación, las gradaciones de los tiempos, de los modos y de las personas ¿cómo era posible que hubiesen sido inventadas por el hombre, supuesta la ignorancia de sus primeros días? Y digo primeros, por que donde quiera que se nos presenta el hombre se le ve hablando: ni hay una sola fábula ó tradición que refiera que haya habido un inventor de la combinación de la palabra. Admitiendo los materialistas la eternidad del idioma, ó haciéndolo una función natural como en el canto de las aves, ó una invención individual y primitiva, tendrían que llegar también por último á una diferencia radical, aún cuando recurriesen al origen onomatopéico. No se diga tampoco que la semejanza de órganos debía reducir los al-

fabetos, á unos cuarenta sonidos, y la gramática general á unas cuarenta proposiciones, pues que los poquísimos elementos (valiéndonos de un ejemplar vulgar) del caleidoscopio producen millones de combinaciones posibles.

Diré más: aún cuando en el progreso de la sociedad vemos que todas las artes se van perfeccionando, ninguna nueva perfección notamos introducida en las lenguas, y ninguna, desde que las conocemos, ha adquirido un nuevo elemento esencial. Las lenguas semíticas, aunque inmediatas á las otras en algunos siglos, no han inventado el tiempo presente, ni los tiempos ni modos condicionales; tampoco han inventado ninguna nueva conjugación ó partícula para poder evitar al *vau* copulativo la necesidad de expresar una relación cualquiera entre las partes de un discurso: sus alfabetos carecen de vocales y no se ha sabido dárseles. Fijemos ahora la consideración en los toscos americanos que hablan el *maya* y el *betoy*; y entre ellos encontraremos dos formas del verbo, una que indica el tiempo, y la otra que expresa simplemente la relación entre el atributo y el sujeto. ¿Cómo aquellos hombres rudos pudieron inventar una figura tan lógica? ¿Por qué nosotros tan engreídos con nuestra civilización, no la introducimos en nuestros idiomas? ¿Por qué se reducen todas las novedades hechas en ellos, hasta donde alcanza la memoria de los hombres, á tomar alguna palabra de otra lengua, rejuvenecer una anticuada ó formarla de elementos usados? ¿Cuántos esfuerzos académicos para componer una lengua universal! Infeliz tentativa, que aún siendo posible, no haría más que circunscribir entre unos pocos sabios la ciencia, cuyos colosales adelantos no dependen sino de la circunstancia de ser universal. No es el hombre quien inventa una lengua: antes bien pone mucho conato en conservar la antigua, si no en los accidentes, por lo ménos en cuanto á su naturaleza, y en excluir las singularidades: consérvase asimismo una veneración entre los literatos y entre el pueblo á las palabras antiguas y tradicionales, como si conociesen su incapacidad para producir otras mejores. ¡Considérese el vigor que tendría la palabra en la cuna del humano linaje! ¡No parece sino que á aquellos hombres de sensaciones y de almas más energías, les



fué dado un instrumento más á propósito para expresar el entusiasmo de una lozana juventud!

Esta y otras razones fueron causa de que, no ya los teólogos y teosofistas, sino el mismo Humboldt y otros eruditos, encontrasen únicamente racional la opinion de un idioma revelado: la academia de Petersburgo, que auxilió á la etnografía con preciosas indagaciones, aseguraba que todos los idiomas son dialectos de uno que se ha perdido, y que ellos solos bastarian para desmentir á los que creen en la múltiple derivacion del humano linaje; y el mismo Rousseau se vió obligado á confesar que *la palabra era un presente de la divinidad*.

Si fuese invencion de los hombres, cada pareja de éstos, ó por lo menos cada familia, hubiera compuesto un idioma particular, sin que entre todos se notara analogía, como sucede en las obras del capricho. Pero precisamente vemos todo lo contrario; y supuesto que el lenguaje es una de las bases de la historia de la humanidad, así como la variedad de idiomas pertenece positivamente á la historia universal de las razas, no nos podemos dispensar de hablar algo acerca de él.

No trataremos de indagar cuál fue el idioma primitivo, problema de vanidad nacional, apra cuya solucion nos faltan datos. Acasó pereció del todo; acaso sufrió alteracion, cuando habiendo visto Dios la torre de Babel, fabricada por un solo pueblo que hablaba un solo idioma confundió sus hablas de manera que ninguno podia entender al otro. Desde este punto comienza la historia del lenguaje humano, cuya variedad puede considerarse como la de una pirámide de tres altos: en el primero y mas inferior figuran las lenguas de raíces monosilabas y de palabras primitivas, que carecen de gramática ó no tienen mas que algun rudo elemento de método sencillísimo é imperfecto, siendo sin comparacion las mas difusas en todas sus partes. Entre éstas se halla en primer término la china, desarrollada cuanto lo permite su indole, semejante á los gritos de los niños, enérgicos, pero inconexos, aunque el arte del estilo y los adelantos de la ciencia la han elevado desde esa infancia á otro estado de forma convencional.

Sigue el segundo tronco, que se divide en

las tres ramas indo-persa, greco-latina y godogermánica, de raíces bisilabas, de modo que presentan gran fuerza de vida, mucha fecundidad y lujo de gramática, y tanta más riqueza y regularidad, cuanto más se acercan á la lengua de la India. Estas se desarrollan poco á poco, trasformándose de manera que primero presentan mucha riqueza poética, luego maravillosa variedad de exposicion y de formas, y últimamente la mas exacta precision de lenguaje científico.

En la cúspide de la pirámide pueden colocarse las lenguas semíticas, como las usaron la Palestina, Siria, Mesopotamia, Fenicia, Arabia y Etiopía, siendo sus principales ramificaciones la hebrea con la fenicia y la cananea; la aramea subdividida en siria y caldea, y la arábica y etiópica de las cuales salieron los idiomas de la Abisinia.

En éstos es constante que la raíz sea trilitera, esto es, de tres letras, atendido el sistema de escritura por el cual no se fija más que la vocal. En el verbo las tres radicales subsisten siempre, y combinadas con algunas particulas aumentativas, expresan todas las posibles gradaciones del activo, pasivo, neutro, reflexivo, transitivo, intransitivo, recíproco, optativo y opuesto: trinidad y unidad que no carecen de misterio y que vemos con tanta frecuencia reproducidas en las obras de la naturaleza.

Segun las leyes de la derivacion de las voces hebreas, el verbo es el principio de donde todo se origina, lo cual dá una vitalidad y calor indecibles á la expresion, si bien, por otra parte, la generalidad de esta ley limita la extension de las construcciones gramaticales. Las letras serviles y el cambio de las vocales sujetan la radical á infinitas trasformaciones; y en tanto que faltan á la conjugacion formas para varios tiempos, abundan las inflexiones propias para modificar el significado y extender el valor de cada verbo, al fin del cual se ponen los afijos de los nombres personales. En la relacion del genitivo se modifica el principal en vez del agregado: abundan las aspiraciones y sonidos guturales, y se escribe con solo consonantes, supliendo las vocales con puntos, de derecha á izquierda, exceptuando la lengua etiópica. Esta circunstancia de carecer las lenguas semíticas de particulas y conjugaciones á propósito

para determinar con exactitud la relacion de las palabras entre sí; la de ser duras de construccion, y la de estar limitadas á las imágenes de accion externa, las inutilizan para elevar la mente á ideas abstractas y especulativas; y por el contrario, las hacen muy á propósito para sencillas narraciones históricas y para una exquisita poesia de meras impresiones y sensaciones que se sucedan con rapidez. Así es que, no han producido ningun sistema de filosofía racional, y en sus más sublimes composiciones no se encuentra ningun elemento de idea metafísica. Las revelaciones más profundas de la fé, las predicciones mas espantosas, la mas sábia moralidad, están revestidas en la Biblia de imágenes corpóreas. Otro tanto debe decirse del Coran; por cuya razon los pueblos que hablaron estas lenguas pueden considerarse como especialmente destinados á conservar las tradiciones.

En las lenguas indo-europeas admiramos la flexibilidad para expresar las relaciones internas y externas de las cosas por medio de la flexion de los nombres, de las preposiciones, de las particulas, de los condicionales, de los indefinidos, de la composicion de vocablos, y de la dificultad de invertir la construccion y trasladar la palabra de un sentido material á otro puramente intelectual; lo cual las hace más aptas para expresar las sublimes ideas del ingenio y las sutilezas de la filosofía. Por esta razon en la India, en Grecia y en Alemania, se han analizado las formas de las ideas hasta en sus primitivos elementos: y así como se ha dicho que las lenguas anteriores eran adecuadas para conservar la tradicion, de éstas debe decirse que son convenientes para difundirla y apoyarla con pruebas.

Al segundo orden parece que se aproximan las lenguas eslavas, las cuales con otras de la misma clase constituyen una cuarta rama. Entre el segundo y el tercero hay otras muchísimas, producidas por la mezcla de los pueblos, como algunas de América y las antiguas que en Europa constituyen las reliquias del celta, el galo y el finés; no puramente monosilabas, sino sencillísimas y de imperfecta estructura gramatical, ó bien extrañamente artificial y complicada.

Algunas lenguas derivadas participan de la

una y de la otra de las primitivas. El antiguo egipcio, por lo poco que nos revelan los geroglíficos y los restos de palabras suyas aún existentes, tiene afinidad con el antiguo arameo, aunque es independiente de él por la escritura trilateral. La Abisinia, antigua colonia camítica conserva aún cierto idioma mixto de hebreo antiguo y árabe posterior. Así como entre Cam y Sem, se encuentra tambien parentesco entre Sem y Jafet. En el idioma cofto domina el arameo, pero con muchos vestigios del indio, y en el hebreo se encuentra el pronombre cofto que tambien se reproduce en el sancrito; el antiguo persa ó *pelvi* es semítico por las palabras, é indo-europeo en cuanto á la gramática; las flexiones del verbo árabe por medio de pronombres semilatinos, recuerdan con las particulas la conjugacion griega; y el verbo medio de los griegos se parece algo en cuanto á la forma, y es idéntico en la significacion, á los verbos reflexivos semíticos.

Pues que la fraternidad supone padres, estamos en el caso de deducir de aquí la existencia probable de una lengua anterior á las semíticas y á las indias; siendo aquella más compleja que estas dos, pudo haber engendrado directamente otras, en las cuales dejara la estructura del verbo en aquella entera complicacion que en ninguna de las dos mencionadas se encuentra. En este caso se hallan tal vez el vasco, en el cual una misma raíz presenta hasta veinticinco conjugaciones, y el idioma de otras naciones que vagaron por el centro de Asia antes de pasar á América, donde áun se encuentra el verbo con aquella estructura sencilla en su procedimiento y complicada en sus resultados, que varia las gradaciones de la accion, interponiendo algunas sílabas, como en el verbo semítico. En la extrema India los idiomas tamulo, telingo, carnático, misoriano, tulariano y parbatío, no se refieren directamente al sancrito, sino que se aproximan á los idiomas tártaros que son de familia ariana, si bien en ellos no se conjuga el verbo.

En la Europa, desde tiempos remotísimos, prevalecen los idiomas indo-europeos; y es maravilloso que las costas meridionales, que tantas relaciones de comercio, de colonias y de dominio mantuvieron con las costas de África, no revelen afinidad de origen con las len-



guas que allí se hablan, y por el contrario, la tengan más bien con el finés que es de origen semítico. ¿Provedrán acaso de estos pueblos los Pelasgos?

Quien desee ver cómo se trasforman los idiomas mezclándose unos con otros, no tiene más que estudiar los dialectos de los pueblos limítrofes, ó las lenguas francas de las costas del Mediterráneo, de las Antillas ó de la Indo-China. Hoy mismo, y en aquellos países donde los idiomas pretenden haberse fijado mediante la literatura, cambia la pronunciación cada cien años, cada 200 la ortografía, y en pocos siglos la sintaxis. En lo antiguo, las castas sacerdotales conservaban la pureza primitiva del idioma, pero esto era causa de que á muy poco tiempo su lengua fuese un arcano para el pueblo. Meros accidentes bastan para que el italiano no entienda el latín ni el español; y para que le alemán y el holandés, el francés y el inglés sean idiomas distintos. ¡Cuánto más fácilmente habría sucedido esto en la antigüedad, en el aislamiento habitual y en las eventuales superposiciones de unos pueblos á otros! El guaraní del Paraguay y el cheroqui de la América Septentrional son mezclas de dialectos diversos, y sin embargo, rivalizan en aquellos países con la lengua española y la inglesa; ahora bien, si acaecimientos políticos los elevasen á la altura de idiomas nacionales y literarios ¿se diría por eso que un hombre era autor de ellos? No, porque el hombre no dió ni los materiales ni los instrumentos, esto es, ni la palabra, ni las formas gramaticales, herencia tan antigua como el mundo; semejante en esto al arquitecto que levanta un edificio de nueva planta, pero con materiales preexistentes.

Si contra lo acostumbrado en los escritos históricos, me he detenido á hablar de las lenguas humanas, no temo que se me culpe sino por aquellos que desconocen la dignidad de la palabra, que es la idea expresada, así como la idea es la palabra pensada, sin la cual el hombre no adquiere ideas. Además, los idiomas son el lazo más estrecho de las naciones, que resiste á los embates del tiempo y á la espada de los conquistadores. Su estudio, no por mera curiosidad ó capricho, como hasta ahora se hacía, sino reducido como en nuestros días á ciencia, ha ensanchado los límites de la historia, y allí

donde callan los monumentos, señala las primitivas emigraciones de los pueblos.

Se han hallado igualmente el fondo y las formas de las lenguas eslavas en el sanscrito, y formas que no se advierten en el latín, en el griego, en el alemán, en el eslavo, y que, sin embargo, existen en el sanscrito, aparecen también en los idiomas erso, galés y bajo breton, cuya analogía entre los dos extremos arguye en favor del parentesco de los comprendidos en el medio, aun donde este parentesco se manifiesta menos evidente.

Esta fraternidad se conserva entre las trasformaciones por las cuales se convirtieron en nuevas lenguas, se dividieron en idiomas, y se descompusieron en dialectos; y en el sanscrito se halla con frecuencia la razón de las formas gramaticales que no pueden someterse á reglas.

Así es que en latín se dice *elephas*: pero la forma del genitivo *elephantos* revela las dos letras suprimidas y lo aproxima más al griego, que á su vez se asemeja al indio *aila vanta*. El latín *esse* reconstruye la incoherencia de varios de sus tiempos mediante los dos verbos sanscritos á que debe su origen, como el verbo *andare* italiano se forma con la mezcla de los verbos latinos *ire* y *vadare*; *better* y *besser* es el comparativo de *gut* y *good* en el alemán y anglosajón, y tienen su positivo regular en el *beh*, zendo y pelvi.

Alguna vez se reconoce la etimología leyendo la raíz de derecha á izquierda ó vice-versa, que son los dos sistemas del alfabeto semítico y jafético. *Tra*, de donde los latinos compusieron la palabra *terra*, es lo mismo que *art* en árabe y en alemán (*erde*); *grd*, de donde procede la palabra *gradus*, es *drj* en semítico; *fil* hilo es *lif*; *Athin*, Atenas, es *nitha* en egipcio, que significa mochuelo y la diosa correspondiente á las Palas de los Griegos.

Pero se equivocan groseramente los que, hallando en la lengua de un pueblo semejanza con la de otro, infieren que éste se deriva de aquel. Wilkins, por ejemplo, dice que el persa es una mezcla de varias voces latinas, griegas y germánicas, y Walton llegó á asegurar que así como el pueblo persa es una mezcla de griegos, italianos, árabes y tártaros, del mismo modo su idioma es un conjunto del de todos

éstos. Tampoco Denina sabía explicar la semejanza entre el griego y el teutónico sino suponiendo que los antiguos germanos habían sido una colonia procedente del Asia Menor. Tal vez sucede que las lenguas de una misma familia convienen entre sí, de manera que la confrontación de sus etimologías parciales no demuestra que haya entre ellas parentesco alguno sino remontándose á los troncos primitivos; y cuanto más adelanta el estudio, tanto más motivo se encuentra para dejar á un lado los títulos de lenguas madres y lenguas hijas, pues en realidad todas son hermanas, entre las cuales se observan muchísimos rasgos de semejanza y muchas diferencias capitales.

Separados entre sí los pueblos por dilatados espacios, cordilleras de montes, ríos y mares, cada cual elaboró su idioma siguiendo opuestas influencias; así es melodioso en los países templados, bronco y cortado en los climas ardientes, y áspero y fuerte entre los hielos polares; así se retratan en él la vida contemplativa del pastor, la precipitada carrera del cazador, el grito amenazador del guerrero, y así las conquistas y la civilización dejan en él impresiones sus huellas.

Allí donde los pueblos cayeron en la barbarie, los idiomas, vagos, inciertos y extraños, nos anuncian las escasas comunicaciones y las guerras intestinas; allí donde se elevaron á la civilización, á la vida agrícola é intelectual, se extendieron las lenguas de un modo uniforme y constante: de este modo en Europa adquirieron todas una fisonomía común, mientras que en América puede decirse que varían en cada barrio. Y así como el lente del geólogo ó el crisol del químico en el menor grano de arena ven indicios de la mole de donde se destacó ó de la montaña de que fué parte integrante, así el filólogo, con el análisis de las frases y voces modernas, se remonta á la vasta fábrica de los idiomas antiguos, y por todas partes se encuentra con una primitiva unidad, descompuesta en pocos grupos, que no perdieron su semejanza, ni aun al través de las infinitas variaciones causadas por el giro de las edades, por las mudanzas del clima, las vicisitudes políticas y la mezcla de las razas. Hasta tal punto llega á ser cierta esta verdad, que casi da derecho para deducir el siguiente

axioma: los hombres hablan, luego son todos de una misma raza.

Por último, no hay quien no convenga en que todas las especies de hombres se distinguen por un insigne atributo, don exclusivamente suyo, la perfectibilidad, cuyo carácter por sí solo bastaría para demostrar su unidad. Nuestro orgullo nos hace creer en la superioridad de la raza blanca, y que sólo por medio de ésta pueden elevarse las otras á la civilización; así sucederá acaso en el porvenir; pero no fué siempre así en los tiempos pasados. Los griegos se reconocían obligados altamente á los egipcios y fenicios de oscuro matiz; á éstos debían también mucho los etruscos; la América fué educada por una estirpe, cuyos restos están en el día representados por los hombres llamados por su color Piel roja; los chinos debieron probablemente su civilización á los indios, que también debieron ser maestros de los escitas, de los celtas y de otros antiquísimos pobladores de Europa; y los atezados árabes introdujeron el Corán en el centro del Africa. Pero de todos modos disputase el grado, no la capacidad de educación de las razas. Por otra parte, el hombre está dotado de inteligencia, la cual parece capaz de modificar el encéfalo, y por lo tanto hasta las formas exteriores. Ejercida esta sublime facultad de un modo conveniente y justo conduce á la belleza de la raza blanca; pero abusando de ella ó dejándola entorpecer, puede ir decayendo el hombre hasta el nivel del hotentote. Sin embargo, aun entonces la especie humana no pierde su alta condición, ni la posibilidad de volverse á remontar. Decíase que los negros se hallaban en el último grado de la escala social; pues bien, véase cómo algunos han sabido conquistar en Haití su libertad y usar de ella de una manera no peor que los pueblos de Europa; la raza abisinia es negra, pero es también hermosa en sus formas á causa de su mayor civilización.

La unidad de la especie queda también triunfalmente demostrada por la concordancia de los afectos morales, confesada tan universalmente que los filósofos de todas opiniones fundan en ella sus sistemas, y creen poder escribir la historia del hombre por los sentimientos comunes á toda la especie. Dejemos á un lado el amor filial y los lazos domésticos, que aunque